Unidad 2

- Relaciones entre la Historia y el Conocimiento Científico

- 2.1 Caracterización preliminar de la historia
- 2.2 La historia y la percepción sensorial
- 2.3 Caracterización del conocimiento científico
- 2.4 La historia ¿es conocimiento científico?
- 2.5 Clasificación básica de las teorías del pensamiento histórico

HISTORIA Y CIENCIAS

I. CARACTERIZACION PRELIMINAR DE LA HISTORIA. LA HISTORIA Y LA PERCEPCIÓN SENSORIAL

En el capítulo anterior supusimos que hay una clase especial de pensamiento llamada pensamiento histórico, y señalamos algunos de los problemas que a primera vista parece plantear. Ahora tenemos que someter a examen nuestro supuesto e intentar decir con más exactitud qué es el pensamiento histórico y en qué se diferencia de otras clases de pensamiento, del pensamiento en las ciencias naturales, por ejemplo. Plantearemos, pues, todo el problema de la naturaleza del conocimiento histórico, y tocaremos las difíciles cuestiones que plantea el averiguar si la historia puede pretender ser un estudio científico y en qué sentido.

Probablemente la mejor manera de abordar la cuestión sea preguntarnos qué es lo (pie el historiador trata de investigar y qué es lo que espera descubrir. La primera solución que se ofrece es obvia: aspira a una reconstrucción inteligente del pasado. Y podría pensarse que eso por sí solo serviría para distinguir la historia como rama independiente de conocimiento. Es fácil suponer que las ciencias naturales se interesan por el mundo que nos rodea; dependen, para sus datos, de la percepción sensorial. La historia, a modo de contraste, se interesa por el pasado, y las impresiones recordadas tienen, por lo tanto, que formar una parte indispensable de su materia prima. Pero, en realidad, el contraste entre la historia y las ciencias naturales no es tan agudo. En primer lugar, no es verdad que el científico se interese por el presente con exclusión del pasado. Completamente aparte de que el conocimiento memorístico entra en todos los juicios por mayor de lo que estaría justificado si la considerasen una hipótesis empírica. Lo que en realidad parecen hacer es defender el principio del materialismo histórico como una verdad necesaria, de tal suerte que ninguna experiencia futura podrá perturbarla. Y si esto es realmente correcto, el proceder de los marxistas merece indudablemente la atención de los filósofos.

No hay que interpretar erróneamente las implicaciones de las observaciones anteriores. No estoy insinuando que el intento de los marxistas y de otros para formular teorías generales de la interpretación histórica sea impropio. Yo pensaría, por el contrario, que es algo en lo que deben interesarse todos los que se dedican al estudio de la historia. Lo que sostengo es que la tarea de formular dicha teoría no corresponde al filósofo, sino al historiador. La aportación de Marx a la comprensión de la historia no fue en realidad una aportación a la filosofía de la historia propiamente dicha. Pero la teoría marxista interesa a los filósofos a causa

del género de importancia que Marx parece dar a su fundamental principio. La ilimitada validez atribuida por los marxistas a ese principio es incompatible con que se le considere una mera hipótesis empírica (aunque no con que se le considere sugerido por la experiencia); y el problema de qué justificación tenga el considerarlo así ciertamente merece detenida atención.

Todos estos puntos serán estudiados detalladamente más adelante. El objeto de la presente exposición no es otro que ilustrar el tipo de cuestión que trata la filosofía de la historia, o que podría creerse que trata. Podemos resumir diciendo que si puede afirmarse que el filósofo tiene un interés específico por el curso de la historia, ha de ser por la totalidad de ese curso, es decir, por el sentido de todo el proceso histórico. Esta segunda parte de nuestro estudio, en realidad, o tiene que ser metafísica o no existe. Y afirmar esto indudablemente creará en algunos lectores un prejuicio contra ello. Pero no está claro que ese prejuicio esté justificado ni en general ni en el caso específico que tenemos delante. Suponer que lo es sin discusión difícilmente podría justificarse.

5. PLAN DEL LIBRO

En el presente volumen el tratamiento de la filosofía de la historia se dividirá en dos partes correspondientes a las que acabamos de distinguir. En la primera y más larga de ellas nos ocuparemos primordialmente de la naturaleza del pensamiento histórico. Expondremos, o intentaremos exponer, los rasgos más prominentes de ese tipo de pensamiento, procurando descubrir entre ellos los que lo diferencian de otros tipos de pensamiento. Estudiaremos sus supuestos previos y examinaremos el carácter epistemológico de sus productos. Nuestro proceder será aquí puramente reflexivo: partiendo del hecho de que las gentes piensan sobre cuestiones históricas, nuestro objetivo será descubrir lo que hacen exactamente. Por estos medios podremos tocar todas las cuestiones que se dijo arriba que pertenecen a la filosofía crítica de la historia. No les necesario subrayar que, en un libro elemental como éste, no será posible hacer más que indicar cuáles son los principales problemas que se plantean y estudiar, más o menos dogmáticamente, una o dos de sus soluciones más obvias. Pero aun esto puede tener su utilidad en mu materia tan descuidada como ésta.

La segunda parte de nuestra pesquisa, dedicada a los problemas tradicionales de la filosofía de la historia, será inevitablemente más resumida aún lodo lo más que podremos hacer aquí, en realidad, es examinar en esbozo uno o dos intentos famosos de formular filosofías de la ceptivos presentes acerca de objetos, sólo se necesita recordar la existencia de estudios como la geología y la paleontología para ver que hay ramas de la investigación científica que estudian el pasado y no el

presente. Y además no puede sostenerse que la historia es, sin limitaciones, el estudio del pasado. Hay grandes porciones del pasado de las que la historia, tal como normalmente se la entiende, no toma ningún conocimiento, por ejemplo, todas las edades que precedieron a la evolución del hombre hacia algo parecido al tipo de criatura que es ahora.

Definir la historia como *el* estudio del pasado y tratar de fundar su autonomía como forma de conocimiento sobre ese punto es algo que no puede defenderse. Pero, desde luego la historia es, en cierto sentido, *un* estudio del pasado. ¿De qué pasado) La respuesta es: el pasado de los seres humanos. La historia empieza a interesarse por el pasado cuando por primera vez aparecen en él seres humanos. Su esencial incumbencia son las experiencias y las acciones humanas. Es cierto, desde luego, que la historia registra no simplemente lo que hicieron y sufrieron seres humanos, sino también un número considerable de acontecimientos *naturales* del pasado: terremotos, inundaciones, sequías y cosas análogas. Pero su interés en esos acontecimientos es estrictamente circunstancial. El historiador no se interesa en ningún momento de su trabajo por la naturaleza en sí misma, y sí sólo como medio ambiente de las actividades humanas. Si menciona hechos naturales, es porque esos hechos tuvieron algunos efectos sobre las vidas de los hombres y las mujeres cuyas experiencias describe. Si no hubieran tenido esos efectos, no los habría mencionado.

Que esto no es puro dogmatismo puede verlo el lector por sí mismo si reflexiona sobre escritos históricos reales. Una historia del mundo no suele empezar con especulaciones sobre los orígenes del universo, ni contiene una exposición de las mutaciones de las especies vegetales y animales una vez aparecida la vida en este planeta. Su campo efectivo es mucho más reducido: se concentra sobre las actividades del hombre conocidas en un lapso relativamente breve. Y en el caso de que alguien piense que esto es simple miopía por parte de los historiadores, que refleja la tendencia anticientífica de su educación, y señala que H. G. Wells ofrece en su *Outline of History* algo mucho más amplio, puede ser pertinente aquí decir que aun Wells se interesó primordialmente en su obra por las actividades de seres humanos, y que sus primeros capítulos, sea cualquiera su propósito ostensible, en realidad los incluyó porque pensaba que arrojaban luz sobre la naturaleza humana. Qué importancia dar al ambiente natural en relación con las acciones de los hombres, y hasta qué punto conectar esas acciones con la naturaleza animal del hombre, son puntos que cada historiador ha de decidir por sí mismo. Wells decidió re montarse mucho en el pasado, pero no cambió, al hacerlo, la naturaleza de la historia.

Por lo tanto, demos por sabido que es el pasado humano el objeto primordial

del estudio de la historia. El siguiente punto a examinar es el tipo de conocimiento a que aspira.

Aquí tenemos que examinar dos posibilidades. La primera es que el historiador se limita (o debiera limitarse) a la descripción exacta de lo que sucedió, construyendo lo que puede llamarse un sencillo relato de los acontecimientos pasados. LA otra es «pie el historiador va más allá de ese sencillo relato y se propone no meramente decir lo que sucedió sino también (en algún sentido) explicarlo. En el segundo caso la clase de relato que construya debe describirse como “significativo” y no como “sencillo”.

La relevancia de la distinción que aquí se sugiere puede ser advertida mediante el examen de un problema paralelo. El estudio del tiempo para una zona dada y un período dado podría hacerse, indudablemente, en dos niveles, que podemos distinguir, un tanto desagradablemente, como *amateur* y profesional. En el primero, el observador se limita al registro completo y exacto de detalles de presiones barométricas, temperaturas, dirección y fuerza del viento, lluvia, etc., produciendo así una simple crónica del tiempo en la zona. En el segundo, no se contentaría con esa crónica, sino que se esforzaría no sólo por registrar sino también, hasta donde se lo permitieran los datos, por comprender los acontecimientos de que trata, rastreando en ellos la acción de las leyes naturales que formula la meteorología.

La cuestión relativa a si el historiador construye un relato sencillo o un relato que yo he llamado “significativo”, de los acontecimientos pasados, es la cuestión acerca de si su proceder se acerca al del meteorólogo *amateur* o al del profesional de mi ejemplo. Pero no hay que confundir el problema. El punto a discusión no es la identidad definitiva del pensamiento histórico con el científico: es ésta una cuestión que no aparece hasta una etapa posterior. Es, más bien, si el nivel en que se mueve la historia es comparable al de la simple percepción o al de la ciencia. Si lo primero es la solución verdadera, podemos decir que la tarea del historiador es decirnos, según la famosa frase de Ranke, “exactamente lo que ocurrió”, y dejar la materia en eso; si lo es lo segundo, tenemos que convenir en que el tipo de relato que tiene que construir el historiador es un relato “significativo”, dejando la cuestión de cómo puede serlo (esto es, en qué consiste su significación) para ulteriores investigaciones.

Ahora bien yo creo que no es difícil demostrar que la historia propiamente dicha implica un relato significativo y no sencillo de la pasada experiencia de seres humanos. El historiador no se contenta con decirnos meramente lo que ocurrió, quiere también hacernos ver por qué ocurrió. En otras palabras, aspira, como se insinuó al principio, a una reconstrucción del pasado que sea a la vez inteligente e inteligible. Es verdad que con frecuencia los historiadores no llegan a este elevado

nivel: carecen de pruebas o de la penetración necesaria para una reconstrucción adecuada, y en consecuencia se ven impulsados a recitar hechos aislados sin poder ajustarlos en un cuadro coherente. Pero el que procedan así no hace sino atestiguar las dificultades generales bajo las cuales trabajan los historiadores, y no una debilidad inherente al ideal histórico. La verdad es que la historia es materia mucho más difícil de lo que con frecuencia se cree, y que su afortunado cultivo requiere que se den muchas condiciones, no todas las cuales dependen de los historiadores. Pero que sea difícil alcanzar la verdad histórica no es razón para negar su especial naturaleza.

Hace Croce una distinción en su *Teoría e historia de la historiografía* que puede ser esclarecedora en este respecto. Croce contrapone la historia propiamente dicha *de* la crónica, y describe la primera como el pensamiento vivo del pasado, mientras que la segunda está, por decirlo así, muerta y es ininteligible. El uso que el propio Croce hace de esta distinción en interés de su teoría de que toda historia es historia contemporánea, no tiene por qué interesarnos aquí. Pero pienso que hay que reconocer que dicha distinción responde a una diferencia real de niveles del conocimiento histórico, la clase de conocimiento que tenemos de la historia de la pintura griega, para poner un ejemplo del mismo Croce, es muy diferente del que tenemos, por ejemplo, de la historia política de la Europa del siglo XIX, y en realidad la diferencia es tan profunda que casi puede, decirse que pertenecen a géneros diferentes. No es sólo que en el caso de la historia política del siglo XIX tengamos mucho más material sobre el cual trabajar (pie cuando tratamos de la historia de la pintura griega, de la cual querían muy pocos testimonios directos. Hay también el hecho de que, por estar más cerca del siglo XIX, podemos penetrar mucho más fácilmente las ideas y los sentimientos de la época y, en consecuencia, usar nuestros testimonios de manera mucho más efectiva. El relato que podemos construir de la historia política del siglo XIX es a la vez completo y coherente: en él pueden presentarse los acontecimientos de tal modo que su desarrollo parezca ordenado e inteligible. Una historia de este tipo está estrechamente entrelazada y es consecuente. Pero una historia de la pintura griega, o lo que pasa por tal historia, es, en comparación, una cosa lamentable, consistente en poco más que los nombres y las fechas aproximadas de algunas celebridades, con los títulos de sus obras tal como los registraron autores antiguos. No nos da ninguna idea del desenvolvimiento real de la pintura en el mundo antiguo, sino que en realidad es sólo una crónica insatisfactoria, el mero esqueleto de una historia.

El punto sobre el cual deseo insistir es que, aunque es posible encontrar esos dos niveles de crónica y de historia propiamente dicha en toda la historia escrita — si bien es posible hallar elementos de crónica en la historia más elaborada, y de historia propiamente dicha en la crónica más primitiva—, el ideal histórico

siempre es rebasar la fase de la crónica y llegar a la de la historia. Lo que todo historiador busca no es un relato escueto de hechos inconexos, sino una fluida narración en la que cada acontecimiento esté, por así decirlo, en su lugar natural y forme parte de un todo inteligible. En este respecto el ideal del historiador es en principio idéntico al del novelista o el dramaturgo. Así como una buena novela o una buena comedia parece consistir no en una serie de episodios aislados, sino en el desarrollo ordenado de la situación compleja de la cual parte, así una buena historia posee cierta unidad de argumento o tema. Y cuando no encontramos esa unidad experimentamos un sentimiento de insatisfacción: creemos no haber entendido los hechos que nos pusimos a investigar lo mejor que pudimos.

Ahora bien, si esto es totalmente exacto (y debe advertirse al lector que se formula no como un análisis definitivo, sino simplemente como una descripción a primera vista del proceder y las aspiraciones reales de los historiadores), creo que podemos concluir con seguridad que todo intento de considerar la historia simplemente coordinada con la percepción sensorial tiene que ser erróneo. Si se nos pregunta si el pensamiento del historiador se mueve en el nivel perceptivo o en el nivel científico, considerando exhaustiva esta alternativa, no podemos dar más que una respuesta. Pero dar esa respuesta no es resolver el problema de la categoría del pensamiento histórico. Porque plantea al mismo tiempo la cuestión del sentido, si lo hay, en que es apropiado *identificar* el pensamiento histórico y el científico, por ejemplo, en las conocidas palabras de J. B. Bury, según las cuales “la historia es una ciencia, ni más ni menos”⁰. A este asunto debemos prestar ahora nuestra atención.

2. CARACTERÍSTICA DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

¿Qué queremos decir cuando llamamos ciencia a un *corpus* de conocimientos? Queremos decir, en primer lugar, que lo distinguimos de un conjunto de trozos fortuitos de información. Todos los hechos que conocí ayer pueden necesitar, para ciertos propósitos imaginables, que se les considere en conjunto, pero nadie creería que constituyen una ciencia. Las diferentes proposiciones de una ciencia, al contrario de los ingredientes de aquel agregado, están sistemáticamente relacionadas. Lina ciencia, sea lo que fuere, es un cuerpo de conocimientos adquiridos como resultado de un intento de estudiar cierta materia de un modo metódico, según un conjunto determinado de principios guías. Y el hecho de que atendemos nuestro material teniendo presente dicho conjunto de principios es lo que da unidad y sistema a nuestros resultados. El punto fundamental aquí es que nos planteamos cuestiones desde un conjunto definido de supuestos previas, y nuestras respuestas están conectadas precisamente? a causa de esto. Habría que añadir que la verdad de esta tesis no es afectada por el hecho de que los inves-

tigadores científicos ignoren con frecuencia sus propios supuestos previos: no necesitamos tener explícitamente presente un principio para poder usarlo en nuestros pensamientos.

Una ciencia ha de ser considerada por lo menos como un *Corpus* de conocimientos sistemáticamente relacionados y dispuestos de un modo ordenado. ¿Pero basta eso para formar una definición? Se ha indicado¹ que no basta, pues si bastase tendríamos que convenir en que un horario de trenes o un directorio telefónico son ejemplos de libros de texto científicos. La información de esos libros fue adquirida por averiguaciones metódicas y dispuesta de un modo ordenado, pero no se diría normalmente que es información científica. ¿Qué nos mueve a negarle ese título? La respuesta es que tendemos a emplear la palabra "científico" sólo cuando se trata de un conjunto de proposiciones *generales*. Una ciencia, diríamos, es una serie no de verdades particulares sino de verdades universales, expresable en proposiciones que empiezan con palabras como "siempre", "si", "todo", "ningún". Es un lugar común decir que los científicos no se interesan en las cosas particulares por sí mismas, sino sólo en cuanto pertenecientes a determinada clase, como ejemplos de principios generales. Esta explicación del conocimiento científico la dio Aristóteles, y hasta hoy se viene repitiendo en los libros de texto sobre el método científico.

Esta cuestión acerca del carácter general de las proposiciones que llamamos científicas está estrechamente relacionada con otra. Tendemos a considerar el pensamiento científico como un conocimiento que es siempre útil en algún grado, útil porque nos permite dominar el presente o -predecir el futuro. No hay que interpretar mal esta aseveración. La cuestión no consiste en que neguemos el nombre de ciencia a un estudio cuya utilidad no pueda verse inmediatamente; hay multitud de ramas de la ciencia que, vistas las cosas superficialmente, parecen ser cultivadas por sí mismas, sin pensar en los resultados prácticos que podamos esperar de ellas. Es más bien que, cuando tenemos un conocimiento científico, siempre suponemos que podría ser aplicado para fines prácticos, del mismo modo que los resultados abstractos de la geología, por ejemplo, se aplican prácticamente en las operaciones mineras o en las mecánicas de la construcción de puentes. Y la característica de las verdades científicas que hace posible ese resultado es precisamente su carácter general, que hace que puedan usarse para predecir el futuro. A causa de que el científico se interesa en los acontecimientos que estudia no como acontecimientos individuales sino como casos de un tipo determinado, su conocimiento lo lleva más allá de los límites de su experiencia inmediata y le permite prever, y en consecuencia quizá dominar, los acontecimientos futuros.

¹ Cf. *Introducción to Logic and Scientific Method*, de Cohén y Nagel, p. 81 de la edición abreviada.

Porque la ciencia generaliza y así da lugar a predicciones, puede hacemos, según la sorprendente frase de Descartes, “amos y poseedores de la naturaleza”.

Hay un último rasgo del pensamiento científico tal como comúnmente se le entiende que merece ser mencionado antes de que pasemos a preguntarnos cómo afecta todo esto a la situación de la historia. Me refiero al hecho de que generalmente se piense que la verdad o la falsedad de las hipótesis científicas es independiente de las circunstancias personales o de las opiniones privadas de las personas que las formularon. Los enunciarlos científicos, según esta interpretación, aspiran a ser universalmente admitidos; no son campo apropiado para el despliegue de partidarios de ninguna especie. Decir esto no es, naturalmente, adherirnos a la absurda teoría de que no puede haber discusión sobre los resultados científicos; puede/debe haber controversias dentro de toda ciencia, y hasta los resultados admitidos deben estar abiertos a la rectificación por pruebas nuevas o modos nuevos de interpretar las pruebas antiguas. Pero todo esto es posible sin que el científico renuncie a su principio fundamental sin el cual las conclusiones a que llega las alcanza sobre bases que otros observadores pueden escudriñar y compartir. Las teorías y las argumentaciones científicas pueden ser difíciles de comprender para el profano, pero si han de merecer su nombre, nunca deben ser esotéricas en el mal sentido de sustentarse sólo sobre la autoridad de algún supuesto atisbo personal o de ser cognoscibles sólo para un grupo de personas especialmente privilegiadas. Mediante esta prueba rechazamos las pretensiones científicas de la astrología y tenemos dudas acerca del carácter totalmente científico de por lo menos algunos de los estudios agrupados bajo el título de investigación psíquica.

Podemos resumir los resultados de este breve intento de exponer las principales características del concepto común de la ciencia y del conocimiento científico en los términos siguientes. Aplicamos la palabra “ciencia” al conocimiento que a) se adquirió metódicamente y está sistemáticamente relacionado; b) consiste en un cuerpo de verdades generales o por lo menos lo contiene; c) nos permite hacer predicciones acertadas y en consecuencia controlar el curso futuro de los acontecimientos, en alguna medida al menos; d) es objetivo, en el sentido de que todo observador sin prejuicios debería admitirlo si se le presentasen las pruebas, cualesquiera que fuesen sus predilecciones personales o sus circunstancias privadas.

3. HISTORIA Y CONOCIMIENTO CIENTIFIOO

Teniendo presente estas consideraciones, tratemos ahora de determinar la cuestión relativa a si la historia es una ciencia.

Que la historia es un estudio científico en el sentido de que se realiza de acuerdo con un método y una técnica propios probablemente no lo negará nadie. A las conclusiones que los historiadores tratan de formular se llega mediante el examen de una materia claramente definida —las acciones y los sufrimientos de seres humanos en el pasado—, realizado de acuerdo con reglas que generaciones sucesivas de investigadores han hecho cada vez más precisas. Sobre esta materia difícilmente hay lugar para controversias serias. No tenemos más que pensar en que hay una clase de historiadores profesionales cuya capacidad para tratar el material que estudian es totalmente distinta de la del hombre corriente. La enseñanza superior de la historia, como sabe todo el que tiene alguna experiencia del asunto, no es tanto cuestión de comunicar hechos como de enseñar cierta técnica para establecerlos e interpretarlos. Y esta técnica, como ya hemos observado, fue sustancialmente perfeccionada en el curso del tiempo, por lo menos particularmente durante los dos últimos siglos, de suerte que errores en que incurrieron frecuentemente en el pasado escritores altamente preparados pueden evitarlos ahora eruditos de sólo mediana competencia.

Se objetará aquí que esto es exagerar las dificultades del conocimiento histórico. Seguramente —se dirá— lo que más sorprende al comparar las producciones de los historiadores con las de los científicos naturales es que las primeras son inteligibles para personas sin preparación profesional, mientras que las últimas están llenas de tecnicismos que sólo un experto puede comprender. Pero del hecho de que la historia se escriba en el lenguaje corriente, y de que no haya creado un vocabulario especial propio, no se sigue que pueda escribirla cualquier mentecato. Lo cierto es que hay la mayor diferencia del mundo, en esta como en otras ramas del saber, entre el enfoque de un aficionado y el de un profesional, aunque la distinción es menos palmaria en historia que en otras materias, listo lo explica el hecho de que todos estamos obligados por las exigencias de la vida cotidiana a hacer algún uso de las técnicas del historiador. No podemos leer inteligiblemente nuestros periódicos diarios sin plantearnos cuestiones acerca del crédito que merece la información que contiene: la valoración del testimonio, que es una de las tareas más importantes del historiador, es algo que todos tenemos que hacer. Esto es bastante claro, pero es igualmente claro que no todos podemos hacerlo con la misma pericia, y que una persona con preparación en el método histórico tiene en este respecto una ventaja enorme sobre otra que sólo puede confiar en su impreparada inteligencia. A cualquiera que dude de esto y piense que la historia es materia de sentido común, y nada más, se le puede invitar a someter su opinión a una prueba práctica: tomar, pongamos por caso, una colección de documentos relativos a los orígenes de la primera guerra mundial y construir sobre esa base una historia de los acontecimientos que

condujeron a ella. Se sorprenderá de las dificultades que hallará y lo disgustara la simplicidad de su pensamiento que señalará cualquier historiador profesional.

Me propongo, por lo tanto, suponer que la historia puede describirse, en todo caso, como científica, es decir, que es un estudio con sus propios y reconocidos método que debe dominar todo el que espere ser experto en ella. Ahora se plantea la cuestión relativa a su situación respecto de las otras tres características señaladas arriba.

Por lo que concierne al segundo de nuestros puntos, parece haber una clara diferencia entre la historia y las ciencias: porque basta el conocimiento más ocasional del trabajo histórico para asentar que no termina en una serie de generalizaciones explícitas. Es cierto que se dice a veces que la historia apunta a ciertas "enseñanzas", las cuales ciertamente toman la forma de verdades generales. Un ejemplo es la famosa frase de Lord Acton según la cual "todo poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente". Pero aunque juicios de este tipo se encuentran de vez en cuando en obras históricas, no puede decirse que constituyen la principal incumbencia del historiador.

La preocupación central del historiador, y en esto parece no haber iluda, no son las generalidades, sino el curso exacto de los acontecimientos: es esto lo que espera referir y hacer inteligible. Desea, como dijimos antes, decir exactamente lo que sucedió y, al hacerlo, explicar por qué ocurrió como ocurrió. Y esto significa que la atención debe concentrarse en los acontecimientos que son el objeto inmediato de su escrutinio; a diferencia del científico, no es llevado constantemente más allá de los acontecimientos a la consideración de principios generales de los que aquéllos son ejemplos. Se interesa, por ejemplo, en la Revolución francesa de 1789, o en la Revolución inglesa de 1688, o en la Revolución rusa de 1917, y no (salvo accidentalmente) en el carácter general de las revoluciones como tales. Por eso los libros corrientes de historia terminan cuando el autor termina su exposición del período que revisa; si el interés del historiador fuera el mismo que el del científico, incluiría otro capítulo, el más importante de la obra, en el que expondría en términos generales las principales enseñanzas de los acontecimientos en cuestión.

Un lector escéptico podría no quedar convencido con este argumento por dos razones, una es la existencia en las obras históricas de generalizaciones explícitas del tipo a que sirve de ejemplo la frase de Lord Acton. Volveré a tratar de éstas. La otra, que puede ser tratada más fácil mente, es la consideración de que el pensamiento histórico implica cierto elemento de generalidad que la exposición anterior parece excluir.

Me refiero aquí al hecho de que los historiadores no se contentan con narrar los sucesos de un período dado ordenadamente; creen además misión suya

dilucidar, por ejemplo, el templo y las características de toda una época o de todo un pueblo. Así, escriben sobre asuntos como la Inglaterra medieval o la Ilustración en Francia o el tiempo de los Victorianos, y se ingenian para decirnos en el curso de sus obras mucho acerca de las características *generales* de los hombres que vivieron en aquellos tiempos y lugares. Pero aunque esta actividad es muy importante, e indudablemente pertenece a su campo, no ofrece en sí misma fundamente» para confundir el pensamiento histórico con el científico. Porque los juicios que origina, aunque generales en comparación con los enunciados de hechos individuales, no son juicios universales en el verdadero sentido; son simplemente resúmenes muy condensados de sucesos particulares.

Una breve comparación del proceder histórico con el científico propiamente dicho aclarará esto. Cuando un físico formula leyes sobre la conducta de cuerpos en movimiento, esas leyes están destinadas por él a aplicarse a todo lo que satisface, satisfizo o satisfará la definición de aquella expresión; en el lenguaje de la lógica, esas leyes se refieren a clases “abiertas”, clases cuyos individuos no pueden enumerarse nunca porque son potencialmente un número infinito. Pero cuando los historiadores estudian, pongamos por caso, las opiniones de los hombres cultos de la Francia del siglo XVIII, se refieren a una clase “cerrada”, cuyos individuos podrían, en principio, enumerarse. No hablan, como lo haría un científico (por ejemplo, un sociólogo), de todos los hombres pasados, presentes y futuros, que tienen determinadas características, sino de los hombres que de hecho vivieron en cierto tiempo y en cierto país. Y éstas son dos cosas muy diferentes.

No quiero ocultar el hecho de que este asunto de la generalización en historia es intrincado, y que será necesario decir mucho acerca de él; pero el lector puede inclinarse a conceder en este punto que hay por lo menos a primera vista una razón para diferenciar la historia de la ciencia natural en relación con él. Y esa impresión quizá se confirmará si pasamos a examinar el tema de la predicción en historia. Como vimos más arriba, la capacidad del científico para hacer predicciones acertadas brota directamente de su preocupación de lo que es típico, o de interés general, en los acontecimientos que investiga. Por el contrario, el hecho de que, visto superficialmente cuando menos, los historiadores de ningún modo se interesan en predecir significaría que su actitud fundamental hacia los hechos es completamente distinta de la de los científicos.

Que los historiadores estudien el pasado por él mismo, no porque se espere que tal estudio arroje alguna luz sobre el curso futuro de los acontecimientos, por lo general se considerará como mera vulgaridad. Pero la cuestión quizá no es tan sencilla como esto sugiere. En primer lugar, tenemos que preguntarnos si el interés del historiador por el pasado es tan desinteresado como parece a primera vista. Seguramente no es absurdo sostener que estudiamos el pasado porque pensamos

que dicho estudio iluminara el presente, y que no lo haríamos si no creyéramos esto. Si el pasado no significara nada para el presente, ¿nos interesaríamos por él? Y si se advierte que esto puede admitirse sin convertir a los historiadores en profetas (porque, después de todo, el presente no es el futuro), podemos replicar preguntando si no es cierto que el estudio de la historia de un país o de un movimiento nos pone en mejor situación para prever su futuro. Una persona que sabe mucho acerca de, por ejemplo, la historia de Alemania está, por Jo menos en algunos respectos, mejor equipada para decir cómo se desenvolverá Alemania en lo futuro que otra que ignora por completo dicha historia. Los historiadores pueden no ser profetas, pero con frecuencia están en situación de profetizar.

Hay otro punto que debe examinarse a este respecto. Se ha dicho que aunque ciertamente no es incumbencia de los historiadores predecir el futuro, sí lo es en alto grado "retrodecir" el pasado: establecer, sobre la base de pruebas presentes, cómo debió ser el pasado. Y se afirma, que la conducta del historiador al "retrodecir" es exactamente paralela a la del científico cuando predice, ya que en cada caso el razonamiento avanza desde la conjunción de premisas p,u titulares (que el caso ahora es esto y lo otro) con verdades generales, en el caso de la ciencia leyes de la naturaleza, en el de la historia leyes que gobiernan la conducta humana en situaciones de tal.

Estas consideraciones plantean de nuevo toda la cuestión del lugar de las generalizaciones en el pensamiento histórico, pero en la presente ocasión no llevaré más lejos el examen de las cuestiones que suscitan. Delxrmus contentarnos con afirmar de nuevo la diferencia manifiesta entre la historia y la ciencia respecto del segundo y tercero de nuestros puntos. Los científicos, como vimos, se interesan primordialmente por verdades generales y consideran incumbencia suya predecir; los historiadores, a manera de contraste, se ocupan primordialmente de sucesos individuales, y rara vez expresan conclusiones verdaderamente universales en el curso de su trabajo. Esta concentración suya en lo que sucedió individualmente quizá explique el hecho de que no predigan, no obstante la ventaja que su trabajo les da en esta materia sobre quienes no tienen conocimientos históricos. Pero tenemos que abandonar este tema, y el de la "retrodicción", para" estudiarlos más adelante.

Los problemas que plantea para la historia la cuarta característica del pensamiento científico —su objetividad— son tan complicados que reclaman un capítulo para ellos solos. Por el momento debo contentarme con remitir al lector al breve estudio del capítulo 1, del cual concluirá que hay un sentido en el que la historia pretende ser un estudio objetivo, aunque no sea más que porque los enunciados y las interpretaciones históricos son considerados verdaderos o falsos por sus autores. Pero el asunto es crasamente tergiversado si intentamos formular una

conclusión acerca de él en una fórmula simple, y haremos bien en reservar el juicio hasta que sea posible su estudio completo. Afortunadamente, podemos hacerlo sin perjuicio de la determinación «de nuestro punto principal en el presente capítulo, ² varias características del pensamiento científico, y nos preguntamos si podía encontrarse en la historia algo que les correspondiese. Y nuestro resultado fue un tanto indeciso, pues aunque vimos que la historia posee una de las características mencionadas, fue menos fácil tener alguna seguridad respecto de las otras. Era evidente, sin embargo, que toda la orientación del pensamiento del historiador es diferente de la del científico, y que el historiador se interesa primordialmente por lo que ocurrió individualmente en el pasado, mientras que el propósito del científico es formular leyes universales. Y esta diferencia subsistirá aun cuando resulte que en el pensamiento histórico se presuponen también verdades generales, sin que allí se hagan explícitas. Por lo menos ningún historiador tiene como su principal objeto llegar a verdades de ese tipo.³

¿Cuál es la moraleja de esta situación? En realidad los filósofos han sacado de ella dos conclusiones totalmente distintas y formulado dos teorías diferentes del pensamiento histórico para resolver los diversos puntos tratados arriba. Terminaré este capítulo esbozando esas teorías rivales y estudiando brevemente algunos puntos fuertes y débiles de cada una de ellas.

La primera teoría, que nació en Alemania a fines del siglo pasado, fue adoptada poco después por el filósofo italiano Croce y pasó a la filosofía inglesa a través de su partidario R. G. Collingwood; es la explicación idealista típica del conocimiento histórico.⁴ Aproximadamente es como sigue. La historia es una ciencia porque ofrece un cuerpo*conexo de conocimientos a los que se llegó metódicamente, pero es una ciencia de un tipo peculiar. No es una ciencia abstracta, sino concreta, y termina no en conocimientos generales sino en el conocimiento de verdades individuales. El que esto sea así (si la pretensión es correcta) no debe contarse como un punto débil de la historia, sino más bien como un punto fuerte. Podemos ver esto si reflexionamos sobre las consideraciones *a)* de que el propósito definitivo de todo juicio es caracterizar la realidad en su detalle individual, y *b)* que las ciencias abstractas (por las cuales podemos entender las que normalmente se llaman en inglés *las ciencias*, o sea las ciencias naturales) no realizan, notoriamente, ese propósito. Pues, como vio Descartes al estudiar el método científico hace mucho tiempo, esas ciencias no describen hechos concretos

2 DOS TEORÍAS ACERCA DEL PENSAMIENTO HISTÓRICO

Intentemos ahora resumir la situación tal como se presenta en la presente etapa del razonamiento. Después de rechazar la sugestión de que la historia está coordinada con la percepción sensorial (esto es simplemente una extensión hacia atrás de la experiencia presente), pasamos a examinar sus relaciones con las ciencias. Enumeramos

sino que tratan de meras posibilidades. "Si p , entonces q es la forma que tornan sus conclusiones, y esas proposiciones hipotéticas pueden ser formuladas, y lo que es más, pueden ser verdaderas, aunque no haya casos reales de las conexiones en cuestión. Esto no es negar la verdad manifiesta de que las ciencias inductivas tienen, en todo caso, un punto de contacto con la realidad por el hecho de que nacen de la reflexión sobre los datos de la percepción y constantemente vuelven a ella, más bien, que ninguno de los resultados a que llegan de las ciencias, povisamente porque se proponen expresar conexiones universales, es categóricamente verdadero de hecho. En lenguaje lógico, se formulan en proposiciones que aparecen de sentido existencia). No dicen lo que realmente es el caso, sino lo que podría ser si se realizan ciertas condiciones.

Esta explicación de las proposiciones científicas muy bien podrían aceptarla filósofos que por lo general no sienten simpatía por el punto de vista idealista. Según la otra parte de la teoría, ¿qué conocimientos de lo individual nos ofrece la historia? Tenemos que aclarar que aquí se hace un alegato muy importante a favor del historiador. Se afirma, en efecto, que el pensamiento histórico no es discursivo, es decir, que no llega a sus conclusiones aplicando conceptos generales a casos particulares, sino que, en cierto sentido, es intuitivo. Y la base de este alegato³ se encontrará, si ha creerse a los partidarios de la teoría, examinando la naturaleza especial de la materia de que trata la historia.

Hemos sostenido arriba que el objeto propio del historiador son los hechos y las experiencias de seres humanos del pasado. Se formuló esta tesis por considerarla aceptable para los filósofos de todas las escuelas; pero sería inocente observar que es particularmente grata para los idealistas. Porque —dicen esos escritores— los hechos y «las experiencias de seres humanos son hechos y experiencias de mentes, y podemos captarlas en sus detalles concretos precisamente porque nosotros tenemos (o somos) mente. A la naturaleza hay que verla desde afuera, pero pensamientos y experiencias nos son accesibles desde adentro. Podemos captarlos de un modo único porque podemos re-pensarlos o re vivirlos, poniéndonos imaginariamente en el lugar de las personas, pasadas o presentes, que los pensaron o las experimentaron primero. Este proceso de revivir imaginativamente es, según se afirma, central en el pensamiento histórico, y explica por qué ese estudio puede darnos el conocimiento individual que no nos dan otras ciencias.

La fuerza de la teoría que acabamos de esbozar estriba evidentemente en su aparente correspondencia con el hecho psíquico. En nuestras vidas cotidianas

³ *Discurso del método*, parto vi.

todos encontramos posible ponernos, hasta cierto punto por lo menos, en el lugar de otras personas y penetrar en sus pensamientos y sentimientos al hacerlo. Por este proceso de comprensión simpática podemos penetrar en su mente y apreciar por qué obran como obran. Y, por lo menos aparentemente, el proceso no es de razonamiento. Cuando vemos a un hombre que notoriamente sufre, no nos decimos: "He aquí un hombre con la cara contorsionada, que lanza gritos y gemidos, etc.; las personas que hacen estas cosas están sufriendo; por lo tanto, este hombre está sufriendo". Vemos *de un golpe* que está sufriendo, sentimos por él *inmediatamente*. Y si esto es cierto de nuestra comprensión de las gentes contemporáneas nuestras, parece natural extenderlo, *mutatis mutandis*, a los pensamientos y las experiencias de personas del pasado, porque no hay ninguna diferencia de principio entre las dos series de casos. Aquí también nuestra comprensión parece ser, en cierto sentido, inmediata e intuitiva: punto que se hace manifiesto si ponemos intensamente nuestra imaginación en la lista de cualidades que debe poseer un historiador competente.

Pero si esta teoría tiene, pues, un atractivo inmediato, hay que admitir también que hay obvias objeciones que hacerle. Sin hablar de las críticas a la tesis inicial, que nosotros mismos hemos aceptado, según la cual la historia se interesa propiamente por las experiencias humanas, muy bien podemos preguntarnos si la correspondencia aparente con los hechos es garantía suficiente del principal tablado de la plataforma idealista. Concediendo que parecemos sentir por otros inmediatamente, que penetramos en sus pensamientos sin razonamiento explícito, ¿es igualmente cierto que no haya una inferencia *oculta*? Si el proceso es tan inmediato como han afirmado algunos idealistas, ¿por qué lleva a veces a conclusiones falsas? ¿Y cómo vamos a explicar el hecho de que en psicología, que pretende ser la ciencia de la mente, el éxito se consiguió sólo cuando los investigadores abandonaron los métodos intuitivos y abordaron su materia con los supuestos previos de la ciencia natural? ¿Cómo explicamos también la aparición ocasional de proposiciones generales en las argumentaciones históricas? ¿Están allí simplemente porque los historiadores que las enuncian están corrompidos por una teoría filosófica falsa, o hay otra razón para su presencia? ¿Puede ser totalmente desestimado lo que se ha dicho sobre "retroacción", y que el proceso es absorbido sin dejar restos en la comprensión simpática de que hemos hablado?

La escuela idealista tiene sus respuestas a estas preguntas, pero no las estudiaremos aquí. Nuestro propósito fue simplemente dar un esbozo preliminar de una teoría que subraya la autonomía del pensamiento histórico en una forma particularmente extrema. Ahora tenemos que examinar una opinión muy diferente.

El origen de esta segunda teoría hay que buscarlo en el positivismo del siglo

xix, y convendrá referirse a ella como la tesis positivista. Uno de los propósitos primordiales del positivismo en la mayor parte de sus formas fue vindicar la unidad de la ciencia para demostrar que, aparte de las disciplinas puramente analíticas, como la matemática y la lógica formal, todas las ramas del conocimiento que merecen su nombre dependen de los mismos procedimientos básicos de observación, reflexión conceptual y verificación. Este programa excluye claramente todo lo que se parece a la explicación idealista de la historia, y en realidad implica una negación de la opinión según la cual la historia es, en todo sentido importante, una rama autónoma del saber. Se sostiene contra esto que el proceder en historia no se diferencia en principio del de la ciencia natural. En ambos casos se llega a conclusiones recurriendo a verdades generales, y la única diferencia consiste en que el historiador no hace, y el científico sí hace, generalizaciones a las 'cuales recurre explícitamente.

En este momento tenemos que señalar una divergencia dentro de la escuela positivista. Los positivistas anticuados, secuaces de Augusto Comte, mientras convenían en que la historia no era en la forma en que ellos la conocían una ciencia, esperaban sin embargo elevarla al rango científico. Ese progreso era posible —pensaban ellos— si los historiadores trasladaban su atención de los hechos individuales a los principios de que eran ejemplos: si abandonaban la mera recolección e hechos y pasaban a formular las enseñanzas o leyes de la historia. Cuando hicieran esto —pensaba Comte— la historia ascendería al nivel científico y sería idéntica a la ciencia de la sociología. Pero, como dijimos más arriba, esa sugestión no se recomendaba a los historiadores en activo, y simpatizadores más recientes del programa positivista adoptaron una actitud diferente hacia la historia. Ahora se admite (por el Dr. Karl Popper, por ejemplo⁶) que el historiador siga preocupándose por acontecimientos particulares y no se le apremia para que los abandone por cosas más elevadas, como hacía Comte, pero se le hace esta concesión sólo a expensas de reconocer que la historia es algo menos que una ciencia. La historia es comparable no a las ciencias propiamente dichas sino a actividades prácticas como la ingeniería. En ambos casos están implícitos y son aplicados conocimientos generales, pero en uno y otro caso el centro de interés está en el espécimen particular que se está estudiando. Y si se preguntase qué es el conocimiento general en cuestión, la contestación es que eso depende de la clase de historia. Los historiadores usan conocimientos generales de todas clases, triviales y técnicos, según la materia. Pero no hay caso en que lleguen a conclusiones sin recurrir en absoluto a proposiciones generales.

El atractivo de esta teoría es el atractivo de todo positivismo: la eliminación de todo tráfico con misterios. La historia, a juzgar por el modo como hablan de ella algunos filósofos, es algo que todos debemos tratar con solemnidad

particular, porque ofrece el conocimiento individual que otras ciencias buscan en vano. Pero la teoría positivista, especialmente en su última forma, suprime todo fundamento para semejante solemnidad. No ve nada peculiar en el hecho de que al historiador le interesen acontecimientos particulares; lo mismo nos interesan a todos en nuestra vida diaria. Y sostiene que la comprensión histórica implica exactamente la misma referencia a verdades generales que se hace en todo razonamiento deductivo. Puede verse, pues, que el pensamiento histórico no posee peculiaridades propias, sino que en principio es como el pensamiento científico. La historia no es una ciencia, pero tampoco es, igualmente, una fuente extra científica de conocimientos.

Ésta es sin duda una conclusión confortadora a que puede llegarse, en especial si tenemos mentalidad científica. Pero puede preguntarse si el razonamiento que la establece es totalmente sólido. A irse respecto es pertinente observar que toda la filosofía del positivismo tiene, bastante paradójicamente en una escuela tan opuesta a la metafísica, un fuerte sabor *a priori* acerca de ella. Habiendo decidido de antemano que todo conocimiento debe ser uno, los positivistas sientan una fórmula para lo que constituye el conocimiento científico y el razonamiento científico, y después someten a prueba todas las disciplinas existentes por su capacidad para ajustarse a ese lecho de Procusto. De algunas, como la metafísica y la teología, se dice que consisten en proposiciones sin sentido; a la historia la tratan más cortésmente, pero de un modo todavía un tanto despótico. Y muy bien podemos preguntarnos si un enfoque diferente del asunto, en el que partamos no de una teoría general sino de un detenido examen de los procedimientos reales de los historiadores, confirmará todo lo dicho por los positivistas. No es probable, a pesar de todo, que los idealistas, muchos de los cuales han tenido experiencia personal del trabajo histórico avanzado, estén totalmente equivocados en su opinión sobre este asunto. Mas para llegar a decidir entre ellos y los positivistas tenemos que poner en el asador toda la materia de la explicación histórica, y esto exigirá por sí solo un capítulo.